

EL ENCUENTRO

Dije a aquel Paqui:

–Procurá no morirte. A la tarde te ayudaré.

Había llovido mucho por esos días y los camiones no podían entrar en el pueblo. Renegaban los camioneros a causa de la lluvia; renegaban, por tanta agua.

Yo no conocía a Paqui. Lo creí muerto, en el barro.

Pero me dijo:

–Algún día podés encontrarte como estoy yo.

Iba a mi casa, al otro lado del aserradero de don Pedro López Segura, donde fui motorista cuando tuve los sueños. Manejaba la caldera en aquel tiempo de los sueños, ya pasado. Iba a mi casa y pensé: “¿No será el que estoy esperando?”.

Por eso volví atrás:

–Procurá no morirte. A la tarde te ayudaré.

Un camionero dijo entonces:

–Yerba mala nunca muere.

Él ni nada. Como muerto. Y semejante mugre. Llegué a mi casa y dije al Señor: “Si es éste, hacéme lo saber”. Tres, diez veces, veinte pedí: “Si éste es, que yo lo sepa”. Y nada no pasó. Ni paró la lluvia. Puse a cocinar el pescado, y nada. Tenía un trabajo urgente, hice mi trabajo. Fui a buscar a aquel Paqui.

Los camioneros estaban en el almacén de Gómez esperando que parara la lluvia. “Ahí va Vega.” Otro: “¿Buscás un tesoro?”. Nada no hablé. Llevaba una hamaca para envolverlo, porque no podía caminar.

–¿Estás vivo? Vine a ayudarte.

No contestó.

—¿Estás vivo? Vine, como te dije.

No contestó. Entonces pensé que me había equivocado, que no era el mandado por el Señor. “Mejor para mí —pensé—. Mejor.” Iba a alegrarme. Pero vi que había abierto un ojo y que lo cerró. Entonces lo envolví en la hamaca y lo cargué en mi espalda.

Había mucho barro. Me caí. Aquel hombre se quejó. También me caí otra vez. También se quejó. Quedé lleno de barro entonces, con semejante mugre. Cuando pasamos por el almacén de Gómez los camioneros dijeron: “Ahí va Vega. Encontró su tesoro”. Y a Paqui: “Vas en carroza, carroña”.

Di una vuelta grande para no cruzar por el aserradero, llegué a mi casa, dejé a ese Paqui en un rincón, calenté la sopa de pescado, hablé al Señor. No supe con qué palabras, solamente le dije: “Aquí estoy, aquí estoy”.

Llovió mucho esas noches, llovió esos días, ya no había ropa seca, nada no había.

El Paqui era un estropeado, un paralizado, un enfermo. Yo no sabía su nombre. Le saqué las ropas y las puse al lado del fuego. Me saqué las ropas y las puse al lado del fuego. Pero el agua entraba por la puerta.

Dijo:

—Algún día podés encontrarte como estoy yo.

Dije:

—Ya estuve sucio, ahora estoy desnudo. ¿Qué más querés?

Dijo:

—Todos ustedes son sucios y desnudos. Te podés quedar duro, y hacerte encima las suciedades; tener hambre y morder el bocado en la tierra. Y tener a las mujeres con el pensamiento. Es lo que te digo. Así podés quedar. Así quiero verte.

“Aquí estoy, aquí estoy.” Di la sopa de pescado a aquel hombre y se quedó dormido en el rincón. Dormido, en aquel rincón.

Dije al Señor: “No dejes que me arrepienta”.

Al otro día entraron los camiones en el aserradero. Traían cedro, quebracho, lapacho, palosanto, algarrobo, pacará, mora, palo amarillo, palo blanco, incienso. Cargaron las tablas y se fueron para Salta.

Había sol ese día, y Mauricia Suárez bajó con las otras a la canilla del agua. Yo estaba con mi botijo buscando agua. Y me habló:

–Las cosas van mal. ¿Cuándo vas a volver?

–No voy a volver, Mauricia, ya sabés. Decile a tu marido que se ocupe.

–Mi marido no sirve. ¿Cuándo vas a volver?

–Ya sabés que no puedo volver. Ya no voy a volver a ese campamento. Ya no vuelvo a esa misión.

–Se vamos a morir todos si no volvés.

Yo me tapé las orejas y me fui con el agua. Las mujeres se rieron. Por el camino dije al Señor: “¿Hasta cuándo tanta mala sangre? ¿Hasta cuándo?” Lo decía por los paisanos, tanta miseria, y por mí, tanto dolor.

Paquí siempre dormido en su rincón. Y tuve un pensamiento: “¿No he visto a este hombre en alguna parte?”.

Yo soy Eisejuaz, Éste También, el comprado por el Señor, el del camino largo. Cuando he viajado en ómnibus a la ciudad de Orán he mirado y he dicho: “Aquí descansamos, aquí paramos”. Allí mi padre, ese hombre bueno, allí mi madre, esa mujer animosa con el hijo de encargue, allí tantos kilómetros saliendo del Pilcomayo a pies hicimos por la palabra del misionero. Allí mis dos hermanos. Allí yo, Eisejuaz, Éste También, el más fuerte de todos. Veo y digo: “Aquí se descansamos, aquí paramos”. Los lugares no tenían nombre en aquel tiempo.

He visto esos lugares desde el ómnibus una vez, cuando fui a la ciudad de Orán a pedir el primer consejo, en aquel tiempo

en que tuve los sueños. Pero llegó un día en que no fui a ninguna parte: ni a Orán, ni a Tartagal, ni a Salta, ni tampoco trabajé más en el aserradero. Hice la casa de paja colorada pasando las vías del tren, y esperé el momento que el Señor me anunció. Esperé al que me iban a mandar.

Paqui, en su rincón:

–¿Para qué me trajiste aquí, che, decime?

El fuego no había secado las ropas; le pasé un diario bajo del cuerpo y otro por encima. “¿No he visto a este hombre en alguna parte?”

–¿Qué podés mover? Las manos, las patas, decí: qué.

Se puso a gritar:

–No voy a vivir aquí, no voy a vivir aquí. Aquí no.

Le di la sopa y moví las ropas en el sol. Gritó:

–Salvaje. No sabés quién soy.

Colgué las ropas en el viento y me fui al pueblo.

En la puerta del hotel, doña Eulalia. Ingrato, me dijo. Yo la saludé.

–Ayer cumpliste años. ¿Te acordaste?

Yo no me había acordado.

–Quince cumplías el día que te tomé en el hotel. Treinta y cinco has cumplido ayer. El tiempo pasa.

–No se cumplimos años los que nacemos en el monte, señora.

Dijo:

–No hay que ser agreste, hijo, hay que agradecer.

Supé en esa hora que sí era Paqui aquel que me mandaba el Señor, aquel que había esperado, y que podía tratarlo como mío. Dije: –En ese tiempo empezaba el segundo tramo de mi camino, señora. Hoy empezó el último.

Doña Eulalia me llamó incorregible.

–Siempre estás alto como la puerta, ancho como un caballo, pobre Lisandro. El tiempo pasa. Ya me ves viejita y pesada. Pero San José castísimo no abandona a sus corderos.

Yo le dije hasta luego señora. Doña Eulalia: si trabajaba de nuevo en el aserradero, si era motorista otra vez, si hacía otro

trabajo. “No, ya no.” “Es feo ser haragán, Lisandro. Has sido buen trabajador.” Pero yo seguí mi camino, y cuando estuve solo dije al Señor: “Era el que me mandabas; aquel que me anunciaste. Bueno. Cumpliré. Bueno”.

Caminé hacia el río por dentro del monte para no encontrar gente ni camiones, y levanté los brazos. Y saludé al río porque es hermano del Pilcomayo, y la tristeza me echó al suelo. Dije al Señor: “¿De dónde lo sacaste así, tan malo?”. Por Paqui lo decía. “¿Cómo lo pensaste así? ¿No pudo ser de otro modo? ¿Por qué pensaste tu promesa de esta forma?”

Lloré: “¿No podía ser de otro modo?”.

Me golpeé la frente y grité:

—¿No podía ser de otro modo?

El Señor brilló sobre el río pero no me habló, movió el monte pero no me habló.

—Aquí está Eisejuaz, Éste También, tu servidor, ¿y no le hablaste? Ya empezó el último tramo de su camino, ¿y no le hablaste? Pero Eisejuaz, Éste También, fue comprado por tu mano. Y en el hotel, lavando las copas, oyó tu palabra.

Así lloré. El Señor movió el monte, y me sonrió.

Y me volví al pueblo sin secarme las lágrimas.

Los camiones pasaban para Salta llevando tablas. “¿Dónde dejaste la bicicleta, Vega?” Y levanté el brazo para decir adiós. “Empezó el tramo final”, quería decir. Caminaba, y el barro me puso blancas las zapatillas.

Tanta mosca y tanto olor del Paqui saliendo por la puerta de mi casa. Y no era la puerta de mi casa, era la casa de los dos. Sin hablar quité los diarios sucios, le eché agua, lo sequé con pasto, con papeles, le di el cabo del pescado, el final, lo que quedaba del pescado. Y ya no quedó pescado. Grité de nuevo:

—Aquí no voy a vivir, aquí no. Ni sabés quién soy.

Comí afuera de la casa una papa que tenía, pensando. Afuera de la casa, pensando: “Hay que trabajar ahora, Eisejuaz, hay que alimentar, hay que cuidar”.

Me levanté:

—¿Cuál es tu nombre?

Cerró los ojos.

–¿Cuál es tu nombre?

Se puso a gritar:

–¡No voy a vivir aquí! ¡Aquí no; aquí no voy a vivir; aquí no! Busqué la hamaca, se la eché encima sucia como estaba, lo cargué en la espalda.

Lo dejé cerca del zanjón.

–¡Eh, ayudá, loco, ayuden, no me dejen morir!

Lo dejé allí, aunque llegaba la noche.

Vino Mauricia, y yo en la casa.

–Mauricia, ¿qué hacés aquí?

–Ya sabés, vos. Ya sabés qué hago aquí.

Como su hermana, para turbar el corazón. Linda, para turbar el corazón.

–Andate, che, tu marido te va a matar.

–¿Dijiste alguna vez: tu marido te va a matar? El reverendo quiere que vayas. Él me manda.

–No te manda, che, andate. No tengo dos palabras.

Se echó al suelo como hacía antes, igual que antes. Yo salí afuera de la casa. Le dije:

–Andate.

Ella me quiso arañar la cara. Le dije:

–Ya empezó el último tramo de mi camino. Ese que esperaba ya llegó.

Ella:

–Un día te pesará lo que me has hecho.

Tenía la cara de su hermana, y yo quedé con el corazón turbado, porque su hermana fue mi mujer y fue mi compañera y tuvo más conocimiento de todas las cosas. Pero eso también terminó. Y Mauricia, esa muchacha linda, siempre nos envidió.

Cuando vino la noche bajé al zanjón. Me senté a escuchar qué hablaba solo aquel Paquí en aquel sitio, y hasta la medianoche lo escuché sin entender lo que decía. Fue mejor; sólo maldades salían de su boca. Y después me vio, porque la luna había subido. Y gritó:

–¡Otra vez!

Nada no hablé.

–¡Tengo hambre! ¡Tengo frío!

Nada no dije. Lo miré y no hablé.

–Mátenme, entonces. Matame vos, que ni sabés quién soy.

–¿Cómo es tu nombre?

–Paqui es.

–¿Y qué es lo que vos querés?

–Morirme, eso quiero.

–Te mato ahora.

–¿Para qué? –Asustado–. No te sirvo de comida.

–No se comemos gente pero sabemos matar.

–No soy gente.

–Ya sé.

–Soy una carroña.

–Ya sé. ¿Y qué es lo que querés?

–¿Qué es lo que querés vos, así pegado a mí?

He hablado a Paqui en esa noche.

Dice Eisejuaz:

Yo le entregué mis manos al Señor, porque me habló una vez. Me habló otras veces, antes, pero usando sus mensajeros. Me habló con sus mensajeros en el Pilcomayo, cuando fui chico y anduve con las mujeres juntando los bichos del monte. Me habló con sus mensajeros en la misión, y el misionero me puso siete días en penitencia. Pero lavando las copas en el hotel me habló Él mismo. Tenía dieciséis años; recién casado estaba con mi mujer. El agua salía por el desagüe con su remolino. Y el Señor de pronto, en ese remolino. “Lisandro, Eisejuaz, tus manos son mías, dámelas.” Yo dejé las copas. “Señor, ¿qué puedo hacer?” “Antes del último tramo te las pediré.” “Ya te las doy, Señor. Son tuyas. Te las doy ya.” El Señor se fue. Quedó el remolino con la espuma del jabón brillando. Gómez, el que tiene boliche, era mozo allí. Vio las copas sin secar, las secó y las llevó sin hablar. Siempre me tuvo miedo. Porque yo, Éste También, Eisejuaz, sin ayuda arrastré la segunda viga desde el camión hasta el comedor. La viga segunda de quebracho, grande como cuatro hombres, yo solo, cuando hicieron la ampliación.

La viga primera se puso hace treinta años, cinco peones de doña Eulalia la movieron. Por eso Gómez no dijo nada. Por la fuerza que tengo, y si alguno dice que fueron varios hombres los que movieron la viga, miente. Gómez nada habló. Yo salí del hotel. Pasé tres días sin hablar, sin mirar, sin comer. Mi mujer:

–¿Qué hay en tu cara que no conozco?

Fue al hotel. “Mi hombre está enfermo. No habla, no mira, no come.” “Llévalo al médico.” Yo no fui. No hablé. Era el cuarto día.

Doña Eulalia en nuestra casa. “¿Cómo quieren civilizarse? Nadie los va a comer en el hospital. Siempre lo mismo. Si no van, no pagaré estos días de falta.” Nada no hablé. Mi mujer era buena, tenía conocimiento de las cosas, y lloró. Tampoco esa noche hablé, ni comí.

El quinto día le dije:

–¿Hay agua? Traé agua.

Trajo el agua. Era poca.

–Aquí el agua es poca. Aquí no hay agua. Ya lo sabés.

Sólo había un botijito de agua. Me levanté. Eché el agua sobre mi cabeza y sobre mis manos. Y no hubo más.

–Prepará comida.

–Sólo hay una galleta y dos batatas.

–Es bastante.

Comimos la galleta y las batatas. Dije a mi mujer:

–El Señor me habló cuando lavaba las copas.

–Y ahora –dijo mi mujer–. ¿Qué vamos a hacer?

“¿Qué vamos a hacer?”, es lo que dijo.

Con sus mensajeros, dos veces me había hablado el Señor. Andaba en el monte juntando bichos con las mujeres. Langostas, hormigas, lagartijas. Mi madre me dijo: “Sos grande, pronto cazarás con los hombres sin tener la edad. Algún día serás jefe”. Una mujer, madre de varones, la oyó y se puso a gritar, la golpeó, se cazaron del pelo. Mi madre era fuerte y le rompió cuatro dientes. Vino el jefe, porque no nos habíamos alejado todavía, vino y gritó fuerte, pero no lo escucharon. Así que alzó el bastón y rompió un brazo de la mujer que

había pegado a mi madre: una parte del hueso salía por abajo y la otra apuntaba por arriba. Todas las mujeres empezaron a llorar y a gritar, y dos que eran viejas buscaron cómo arreglar el brazo roto. “¡Quiere verte muerto! –gritó la mujer–. ¡Quiere que el hijo sea jefe!” Quedó como muerta. Cric, cric, hacía el brazo. Los pedazos de sus dientes rotos en la tierra. El jefe me miró. Nada dijo. Las mujeres lloraban. Él levantó el bastón para pegar a mi madre, y mi madre no escapó, no saltó, no huyó. Pero él no golpeó. Sólo dijo: “¿Recién cambiaste los dientes y ya querés ser jefe?”. Nada dije. Y gritó a las que lloraban: “¡Silencio!”. Una vieja, que era su madre, levantó mucho la voz: “¿Quebrás los huesos de una mujer y no debemos llorar?”. Él alzó de nuevo el bastón. “¡A tu madre, sí, golpeala, rompéle los huesos –gritó la madre vieja– y no a aquella que busca tu muerte!” Él dijo: “Su cachorro apenas ha cambiado los dientes. Su pichón no está emplumado todavía”.

Entonces un mensajero del Señor pasó para hablarme. Era una lagartija. Pero con su color igual que el sol. Yo la seguí, la corrí. Llegué a un claro. En ese claro no la encontré. La busqué y no la encontré.

Entonces, cuando vino la hora de comer, toda la gente estaba enojada. Los hombres habían vuelto sin caza, la mujer del brazo roto gritaba: “Uuu Uuu”, y a mi madre, aunque no fue quien rompió el brazo, la amenazaron: “Te mataremos”. Mi padre quiso golpear a mi madre también, y ella no se movió, no huyó. Había mucho humo, humo sobre la mujer enferma, y humo de los fuegos porque la leña estaba verde. Y la gente seguía enojada, y sólo se comía lo que juntamos con las mujeres: langostas, lagartijas, las echábamos en las brasas, se retorcían, las comíamos. Y yo recordé al mensajero del Señor que pasó esa tarde para hablarme. Era noche ya. En el monte anochece muy temprano. Corrí para buscarlo. Estaba en el tronco de un cevil, brillando. Nada dije, ni me moví tampoco. Esa lagartija tampoco. “Te va a comprar el Señor –me dijo–, le vas a dar las manos.” Nada dije. “El Señor es único, solo, nunca nació, no muere nunca.” Yo la oía. Brillaba. Dijo: “Ahora hablaré”. Yo le dije: “Sí. Bueno”.

Pero todos habían salido con mucho ruido a buscarme, con luces, por miedo al jaguar. Caminé y corrí, y llegué a donde

estaban y se enojaron. Mi padre: qué hacía. Mi madre, también. Nada dije.

A la mañana me llevaron a mirar las huellas. Fuimos hasta el cevil, y vi las huellas de mis pies. Y las huellas del jaguar daban cuatro vueltas alrededor de mis huellas y después las seguían cuando caminé y cuando corrí.

Yo no lo había visto. Él no me había tocado.

Desde ese día no me preguntaron nada.

Yo soy Eisejuaz, Éste También, el del camino largo, el comprado por el Señor. Paqui está aquí. Ya sale el sol. Ya sale el tren. La campana del tren, la campana del franciscano. El último tramo del camino de Eisejuaz empezó. El auto del reverendo sale para Salta porque es la fiesta de los gringos noruegos; los hijos se ponen corbata de moño para la fiesta y son como cría de gallina. “Hoy es tu cumpleaños, Lisandro –decían– y pasado mañana la fiesta del noruego.” Pero Eisejuaz no puede volver con los noruegos. Ya terminó el segundo y el tercer tramo de su camino.

Suena el tractor del misionero gringo inglés y va al aserradero. Suenan los camiones, temprano, por la bruta calor. Paqui ha hablado:

–Tengo hambre y frío; qué es lo que querés conmigo, indio de porquería, matame de una vez.

Puedo tratarlo como mío, es aquel que me mandó el Señor. Por eso lo echo al agua del zanjón. A mediodía se bañan las mujeres del campamento y los vestidos se les hinchan. Mi mujer se bañaba. Se alegraba. Jugaba en el agua con las mujeres y con los hijos de las mujeres. La Mauricia se baña. Mi mujer ya murió, pero las otras se bañan. Paqui abre la boca abajo del agua. Ya se va a morir.

Eisejuaz, el que llevó solo la viga del hotel, regaló sus manos al Señor. El Señor se las dio a Paqui, el paralizado, el baldado, el enfermo, semejante mugre. A Paqui, la carroña. “Bueno, Señor. No dejes que me arrepienta.” Lo he metido en la hamaca, he ido a casa de Eisejuaz. A la casa que no es de Eisejuaz solo. Para secarlo, para vestirlo, para alimentarlo.